

EL REGRESO DEL GENERAL SANTANDER EN 1832

Escribe: MIGUEL AGUILERA

Mediante las comodidades procuradas con los recursos de su patrimonio particular, el general Santander visitó los más importantes países europeos, haciendo de ellos un prodigioso laboratorio experimental para consolidar sus ideas filosóficas, rectificar conceptos acerca del régimen administrativo de cada pueblo y someter a pauta las reacciones de la sensibilidad típica de su raza y de su medio. En sus cartas fechadas en Hamburgo, Roma, Londres y París se advierte la metódica y gradual transformación del criterio de Santander, a pesar de los quebrantos que expone en ellas para exaltar la justicia de la causa, lo que se traduce lógicamente en enérgica acusación contra el gobierno que le extrañó.

La correspondencia mantenida con los partidarios y compañeros del general Santander, y que como él, huían de los rigores de la dictadura del general Urdaneta, y saboreaban el duro pan del destierro en Venezuela y Curazao, era frecuente y prolija; aunque con noticias exageradas, inexactas o equívocas. Es sensible que no hayan podido coleccionarse sino pocos ejemplares de ellas, así de las escritas por el prócer, como de las otras de los corresponsales que procuraban no perder el contacto con su jefe. Solamente hubo uno que, no obstante la oficiosa y puntual constancia con que le escribía desde Venezuela, se quejó del silencio del amigo ausente: fue el tristemente célebre doctor Arganil. Es de suponer que las referencias obtenidas por Santander en Francia sobre el funesto personaje que pretendió pasar en Cartagena y Bogotá como figura enigmática de la Revolución francesa, no fueron satisfactorias. Por ciertas particularidades exteriores de las cartas de Arganil, se colige que después de leídas y aprovechadas por las importantes informaciones que contenían, Santander las archivaba sin tomarse el trabajo de corresponder al favor epistolar. Arganil creía que alguna mano interesada interfería sus letras, y a última hora resolvió enviarlas por intermedio de cualquier amigo de confianza. Pero tampoco así se apartaba Santander del propósito de no tener trato ostensible con el aventurero francés. He aquí el párrafo con que a menudo iniciaba éste sus misivas en idioma francés: "Mi General: Aunque no he recibido una sola respuesta de usted a las varias cartas que he tenido el honor de escribirle, continúo aprovechando todas las ocasiones para darle mis noticias".

Hallándose el general Santander en Londres, en junio de 1831, de paso para Escocia, recibió nuevas del avance de las fuerzas llamadas legitimistas y empeñadas en poner en jaque al gobierno del general Urdaneta; pero como aún no habían sido confirmadas por conductos bien ca-

racterizados, no se manifestó decidido a retornar a la patria, tanto más cuanto el militar había sufrido cambio fundamental en su espíritu, sin dejar de sentir cada vez mayor devoción por sus ideas de libertad y republicanismo. En París, después de resumirle todo lo que los lejanos informadores le comunicaban, le decía: "Ojalá que usted quede satisfecho de esos ligeros informes; tengo interés en la educación de nuestra juventud, y en servir a usted y a toda su familia. Espero ver a usted para agosto en París. Mi partido de no ir a Colombia todavía es invariable".

Desde Londres renovaba al mismo general Herrán su simpatía por el sistema federal de gobierno. Fundábase, entre otras razones, en la normalidad con que marchaban "los estaditos de Alemania e Italia: lo que importa es que haya orden, paz y libertad". No creyó que fuera la ocasión de establecer un paralelo entre la calidad de los territorios europeos, la antigüedad de sus instituciones, y el carácter de sus habitantes, y los propios factores de lo hispano-americano.

De regreso a París, sin un plan distinto del que venía desarrollando para su contento y bienestar, recibió abundante correspondencia en que se le informaba circunstanciadamente, con mayor o menor probabilidad, sobre el triunfo obtenido por las tropas que comandaban López, Obando, Posada Gutiérrez, Salvador Córdoba, y otros brillantes jefes decididos a derribar al dictador general Urdaneta. Las noticias eran exageradas, como que consideraban el convenio de Juntas de Apulo como capitulación de tropas derrotadas, no obstante que la verdad íntegra era diferente de lo que se confiaba a la pluma para satisfacción de Santander. Ciertamente que la información le llegaba de parte de quienes, desde el primer instante, alimentaban el propósito de violar aquel pacto, y de otros que se hallaban a quinientas leguas castellanas del centro de los graves sucesos de 1831.

Completa o incompletamente enterado el ilustre ciudadano, no vaciló en arreglar su viaje para el 20 de septiembre, fecha en que tomaría el barco de turno que saldría del Havre con rumbo a Nueva York. Así lo hizo saber a numerosos amigos de ultramar, y a todos los compatriotas que residían en Europa y con él mantenían activa correspondencia. Aunque son breves las palabras con que informó a su apoderado en Bogotá, don Juan Manuel Arrubla, se destaca con claridad y cordura su pensamiento. A nadie se le antojaría, y a él menos que a nadie, que el regreso a la patria sólo podría realizarse sobre bases y requisitos que consultaran la seguridad propia: "Yo no puedo prescindir con cuanto esté de mi parte a la regeneración de la patria, y así es que el 20 del corriente me embarco en el Havre para Nueva York, donde espero conocer claramente si mi entrada en la Nueva Granada puede ser útil y conveniente. De lo contrario renunciaré al placer de ver mi país, mi familia y mis amigos, a trueque de no servir de obstáculo a la organización y tranquilidad de mi patria".

El general Santander no era un caudillo atolondrado, que sólo obedecía a los impulsos primarios de su pasión. Era orgulloso, pero no despótico. Se le revolvía en su interior el mosto de la susceptibilidad, pero dominaba con pericia las reacciones de su indignación. Así, pues, al despedirse de la hedonista quietud europea, dirigía sus pasos hacia el país desde donde podía avizorar sin angustia la situación de América. El mis-

mo tono de la carta de Vicente Azuero, escrita en Bogotá el 14 de junio, demostraba que el ambiente creado por la entrega del urdanetismo era confuso, tumultuoso, incoherente. La conducta del vicepresidente don Domingo Caicedo era juzgada con rabioso desprecio por los extremistas que habían delirado con llegar a Bogotá e izar en escarpadas las cabezas desmelenadas de Urdaneta, Castillo Rada, Canabal, Borrero, Gori y de los diez políticos que habían colaborado con el vencedor. Tal era el fondo de la información que adquiría destellos trágicos en párrafos como éste, peculiares de la literatura azuerina: "El Convenio de Apulo, y más que todo, la imbecilidad de Caicedo, ha frustrado en una gran parte esta hermosa transformación, que en manos menos torpes debiera tener resultados tanto o menos brillantes que la del año 1819".

Al menos zahorí se le ocurre que era una suave alusión al fusilamiento de los prisioneros de guerra capturados en Boyacá.

Aunque el compromiso de la compañía de navegación era de zarpar para Nueva York el 20 de septiembre, no pudo cumplirse el viaje sino desde el día siguiente. Para mutua comodidad consiguió que el ilustre ciudadano don Domingo Acosta anticipase su regreso a la patria en la fecha indicada. Circunstancia que le atrajo la buena suerte de que le sorprendiera en Nueva York la noticia de su designación como cónsul general de la Nueva Granada en Washington.

Después de cuarenta y siete días de navegación bastante penosa, llegó Santander al puerto de Nueva York el 10 de noviembre. Su salud se hallaba un poco quebrantada, por lo cual hubo de someterse a régimen de quietud durante una semana, sin permitirse otro ejercicio que la lectura de la inmersa cantidad de cartas que allí le aguardaban, acompañadas de periódicos, folletos y recortes de gacetas políticas.

Si se juzga por las constancias epistolares del propio Santander, el más solícito de sus amigos en remitirle publicaciones, fue el doctor Florentino González, quien a la sazón se hallaba en la ciudad de Valencia, encargado de la redacción de la *Gaceta de Venezuela*, periódico sostenido por el caudillo boyante, general José Antonio Páez. Con encargo de que al llegar a Nueva York el general Santander, se pusiese al tanto de la situación de la política venezolana y de la granadina, le había despachado con puntualidad el periódico al joven compatriota don Lorenzo María Lleras, el ciudadano que con más fervor atendía en el país norteamericano a los intereses de la política de su patria. "He encontrado a Lleras ardiendo en fuego patriótico" le escribía Santander al doctor Soto, después de informarle sobre las atenciones y cortesías que estaba recibiendo en la ciudad de Nueva York, de parte de gentes bien calificadas y de los periódicos locales. En estos se singularizaba el comentario en favor del decreto de 10 de junio, suscrito por el vicepresidente don Domingo Caicedo y el general José María Obando, según el cual, después de expresivos considerandos, se restablecía a Santander en su grado de general de división con los honores militares anexos, y con los derechos de ciudadanía, tal como gozaba de ellos en el aciago año de 1828.

Hay constancia auténtica de que el proyecto del famoso decreto fue redactado por el doctor Vicente Azuero, por invitación especial del mi-

nistro de guerra y marina, encargado ocasionalmente del despacho competente para consumir un acto gubernativo de ese carácter. La importancia del suceso reclamaba el prestigio y galanura de una pluma que no se hallaba en la mano del encargado del mando ejecutivo; ni del que transitoriamente desempeñaba el despacho del interior y de justicia.

Aquella pieza que resumía todos los quebrantos padecidos por los perseguidos a causa de la rebelión septembrina, fue el primer desahogo oficial producido en lenguaje rebosante de indignación, pero ceñido a los preceptos de sana literatura democrática. A cambio de desagraviar a los que sufrieron persecución por su vehemencia, nada importaba que el "borradorcito de decreto", de que hablaba su autor, colocara al general Caicedo en la postura inconsecuente de estar calificado en 1831, con tanta severidad, lo que él mismo había considerando justo y apenas conveniente en los últimos meses del año crítico de 1828, según rezan los papeles de la época.

Lo entretenido del caso es que la misma carta en que Azuero informaba a Santander sobre el "borradorcito de decreto", que en esa misma fecha acogería gustoso el vicepresidente Caicedo, motejaba a este patriarcal ciudadano de imbécil, y de sujeto de cortísimos alcances. Fruto lógico de la falacia de partido.

Santander tuvo noticia del decreto reparador en París, en los primeros días de septiembre, tres semanas antes de emprender el viaje de regreso. Le fue remitido en ejemplar artísticamente caligrafiado. Lo enviaba el general Obando. Con la carta en que se avisaba recibo del famoso documento, remitió el general Santander vibrante testimonio de reconocimiento, dirigido al vicepresidente Caicedo. Transcribo el segundo de sus párrafos para que se calcule la presión del ánimo en los momentos mismos en que su autor se preparaba para restituirse al suelo patrio: "Pero por grande que sea mi regocijo al verme tan ampliamente vindicado, sin previa solicitud de mi parte, nada puede igualar al que siento al ver derrocado el poder absoluto y restablecido el imperio de la verdadera libertad. Este es el más interesante suceso que puede satisfacer el corazón de un colombiano cuya vida entera ha pertenecido a la causa del pueblo. Soportable era vivir expatriado, lejos de objetos queridos y reducido a la condición de extranjero, si, por otra parte, una conciencia pura, una vida toda de libertad, y la memoria de largos y desinteresados servicios a ella daban derecho a la consideración pública y a la tranquilidad interior; pero ¿cómo soportar la esclavitud de un pueblo digno, por sus sacrificios de veinte años y por sus virtudes, de ser regido por un gobierno de leyes de su propia elección? ¿Cómo sufrir la arbitrariedad más escandalosa donde debían regir la injusticia y la voluntad escrita del soberano? ¿Cómo sobrellevar la deshonra y descrédito de un país de quien se esperaba una conducta correspondiente a los esfuerzos que había hecho por el orden, la paz y la libertad? Y estas consideraciones eran tanto más graves cuanto más se apresuraban algunos pueblos europeos a corregir sus instituciones, haciéndolas emanar del saludable principio de la soberanía popular".

Aquí de las palabras sapientísimas de Francesca di Rímini: *Nessún maggior dolor che ricordarsi del tempo felice nella miseria.*